



Guía de lectura

ALEAGUARA

Andréi Kurkov El corazón negro



Narrativa Internacional Traducción de Jorge Ferrer

Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

Es el invierno de 1920 y el estado ucraniano se encuentra bajo el control bolchevique. Al joven investigador Samson Kolechko le han asignado un caso de lo más desconcertante en Kiev: la venta ilegal de carne de cerdo en medio de la terrible hambruna provocada por la guerra.

Ante la insistencia de la policía secreta de la comisaría de Lybid, Samson hace todo lo posible para hacer cumplir la ley y parar el contrabando en el mercado judío, hasta que su prometida Nadezhda,

con quien convive fuera del matrimonio, es secuestrada por unos ferroviarios en huelga que se oponen al censo del nuevo gobierno.

Y cuando a todo lo anterior se añade un accidente mortal de tranvía que puede haber sido premeditado y la posible reaparición de un asesino del pasado, no es de extrañar que el caso de la venta de carne pase a un segundo plano y se desate una investigación a contrarreloj que determinará el destino de Samson y de Nadezhda.

CLAVES DE LA NOVELA

Unánimemente considerado el mejor escritor ucraniano contemporáneo, además del más traducido (42 idiomas) y premiado —atesora un Premio Médicis y un Premio Gógol, entre otras muchas distinciones—, Andréi Kurkov saltó a la fama internacional con *Muerte con pingüino*, una peculiar aproximación al *noir*, donde el humor absurdo y el retrato social incisivo confluían de un modo personalísimo. Gran conocedor de la traumática historia de su país, en su novela *Abejas grises* mostraba los estragos del endémico enfrentamiento entre los ucranianos y las fuerzas prorrusas a través de la odisea de un apicultor bondadoso por garantizarle a sus abejas la recolección del polen en el año 2014. Aún quedaba lejos el actual conflicto bélico, que a su estallido llevó al autor a componer un *Diario de la invasión*, crónica estremecedora de

la invasión enemiga pero también homenaje luminoso al carácter y la resistencia de sus gentes.

Su mirada humanista, su tan sutil como insobornable sentido del humor, su aprecio y dominio de los mecanismos de la ficción criminal y sus profundos conocimientos de las convulsiones históricas que han azotado Ucrania desde principios del siglo XX convergieron luego en *Samsón y Nadiezhda*. Ambientada en el Kiev de 1919, la novela supuso la presentación del policía Samsón Kolechko, un tipo recto, algo melancólico y proclive a las ensoñaciones, obligado a navegar las turbulentas aguas de la ciudad, sometida al control de los bolcheviques y bajo un caos de violencia y criminalidad. Un ataque de los cosacos llevaría al protagonista a perder de una tacada a su padre y una oreja, trauma que vendría acompa-

ñado por su escalada en el organigrama del cuerpo y un caso peligroso y lleno de pistas desconcertantes —una oreja cortada, un hueso de plata y un traje de inusual tamaño y exquisita tela inglesa—, pero que a la postre lo conduciría a enamorarse de una bolchevique.

Samsón y Nadiezhda entusiasmó a público y crítica por su equilibrio entre cotidianeidad y comicidad, el cariño en el retrato de los personajes y la vivacidad en la recreación de una época histórica, así como su capacidad para moverse en todo momento entre la realidad más cruda y la imaginación más estimulante. Samsón entraba por la puerta grande en la galería de sabuesos más carismáticos, empáticos, entrañables e ingeniosos de la novela negra histórica. *El corazón negro* recupera ahora su figura en una nueva peripecia que, de todos modos, puede ser leída de modo completamente independiente. Los bolcheviques dominan con mano de hierro la ciudad, lo que significa la persecución implacable de cualquier enemigo de la Revolución, destacando el terror que despiertan los métodos brutales de la policía secreta (la checa), a la par que el requisamiento de bienes y el racionamiento de alimentos están a la orden del día. Bajo este panorama tan lúgubre e intimidante, Samsón recibirá el encargo de investigar la comercialización ilícita de carne en el bazar judío, lo que lo pondrá en contacto con una serie de individuos —en el fondo unos pobres diablos abocados a un ejercicio desesperado de supervivencia— por los que mostrará más comprensión que ánimo sancionador.

En paralelo, en la comisaría el ambiente anda enrarecido por culpa de una serie de robos y la presencia de un miembro de la checa que supervisa todo con un celo feroz. A Samsón le queda el consuelo de la armonía de la esfera doméstica, donde convive con Nadiezhda, con la que planea contraer matrimonio, aunque la aparición improvisada de un amigo de su difunto padre —el doctor Vatrugin, al que deberá dar cobijo— amenazará con desestabilizarlo. Andréi Kurkov combina lo macro —un momento complejo y oscuro de Ucrania y la Rusia soviética, el que siguió a la Revolución de 1917, donde la persecución y la represión políticas, el hambre y la psicosis ciudadana eran el pan de cada día— con lo micro —la atribulada y ética figura del protagonista, así como las relaciones que establece con su círculo tanto íntimo como laboral—. El puntilloso retrato de época se une a la crítica de un régimen de infausta memoria, aunque todo ello compensado por un protagonista lleno de humanidad y encanto, y un sentido del humor tan pronto delicado como disparatado. La cruda realidad exterior siempre punteada por un ejercicio introspectivo lleno de encanto. El escritor refuerza con esta novela la opinión de aquellos que han visto paralelismos con clásicos como Gógol, Kafka o Bulgákov (pero también con Kurt Vonnegut), aunque todavía apuntala con más fuerza su condición de voz única y singular en el panorama *noir*. Una noticia feliz para los lectores: Samsón regresará en una tercera entrega.

PERSONAJES PRINCIPALES

SAMSÓN KOLECHKO

Joven agente de policía de la comisaría de Lybid, perteneciente a la Milicia Obrera y Campesina, y al frente de la cual está el jefe Naiden, aficionado a los gritos pero con el que tiene buena sintonía. En un ataque a manos de los cosacos, ocurrido un año atrás, Samsón perdió a su padre y una oreja (que conserva en una cajita), pero curiosamente el oído izquierdo parece haberse agudizado desde entonces. Atento estudioso de la naturaleza humana, de espíritu recto y responsable, y con un buen corazón que lo lleva por sistema a intentar entender al otro y no juzgar severamente, se siente horrorizado ante la violencia política y la miseria social que lo rodean. Proclive al ensimismamiento y a la reflexión melancólica, tiene en Nadiezhda, camino de devenir su pareja sentimental, el ancla que le permite ir tirando en tiempos tan oscuros, si bien trasegar unas jarras de cerveza Kabinétnoie e incurrir en disquisiciones filosóficas con su colega Jolodny después del trabajo también consiguen levantarle puntualmente el ánimo.

Samsón recordó el filo del sable cosaco brillando por segunda vez sobre su cabeza y cómo su oreja salió volando, saltaron unas minúsculas gotas de sangre, como derramadas de un frasco de agua de colonia provisto de una perilla. Ahora le parecía increíble la desesperada destreza con la que atrapó en el aire la oreja que caía. La capturó, la apretó en el puño y rodó él mismo por el suelo.

¿Cómo consiguió hacerlo?, se preguntó Samsón recordando cómo la mano de su padre, ya muerto, lo empujó a un lado, apartándolo del sable. De no haber sido por eso, el arma le habría abierto la cabeza, como hizo con la de su padre...

De la puerta de hierro fundido de la estufa emanaba un agradable calorillo. Samsón llevó la lata con la oreja al despacho de su padre y la guardó en el armario entre unos libros. Después, volvió al salón.

Samsón no durmió bien esa noche. De hecho, se habría podido decir que no durmió nada, salvo por los breves momentos en los que los pensamientos que no le daban sosiego a su mente se desvanecían unos instantes, y el sueño, cauteloso y asustadizo, comenzaba a inundar muy poco a poco el cerebro en paz. Pero era un sueño muy frágil, porque bastaba con que sonara el más mínimo ruido asociado a los pensamientos incómodos para que se desvaneciera como por ensalmo, huyendo a la carrera del calmo territorio donde habitan los sueños.

Al otro lado de la pared, en la habitación que había sido de su difunta hermana, roncaba el doctor Vátrujin. Detrás de otra pared dormía dulcemente Nadiezhda, la muchacha que llevaba en el corazón. Más allá estaba el pequeño vestíbulo al que daba la puerta del despacho de su padre, donde todavía flotaba, probablemente, el espíritu inquieto del viejo, lleno de la ansiedad y la confusión que le produciría la imposibilidad de jugar con los ábacos colgados de la pared y cerrar así las cuentas algebraicas que explicarían el saldo de su propia vida.

También la excitación del día anterior y la anticipación de la tarde del día de mañana obstaculizaban el sueño de Samsón.

NADIEZHDA

Muchacha de temperamento dulce y ánimo resolutivo que esconde a una ardiente bolchevique, y a la que Samsón conoció en la novela anterior, donde acabó siendo su compañera de piso, si bien su relación no ha dejado de estrecharse desde entonces. Trabajadora en el Gubstatburó, la Oficina de Estadística, últimamente ha padecido de los nervios, en parte debido a un encargo imposible de sus jefes: actualizar los registros de todos los ferroviarios, un sector tan poderoso que no atiende órdenes de nadie. Vivirá un episodio traumático, pero el consuelo mutuo que se brindan Samsón y ella parece capaz de diluir cualquier mal trago.

Después de dar muchas vueltas, Samsón comprendió que no podía acallar la melodía que sonaba en su mente. Se incorporó, se sentó en la cama. Después se levantó y se puso el camisón. Se paró un rato frente a la ventana: la oscuridad desparramada al otro lado estaba en completo silencio; el portón de la entrada estaba cerrado a cal y canto.

Salió al salón. Pegó la oreja a la puerta del dormitorio de Nadiezhda. Aguzó el oído. Tiró suavemente de la puerta, que se abrió en silencio.

Se sentó en el borde de la cama con timidez. Los muelles dejaron escapar un suave gemido: lo suficiente para que Nadiezhda se despertara y tendiera la mano buscándolo. Sus dedos rozaron su rodilla desnuda.

—¡Acuéstate, anda! —lo invitó—. ¡Hoy se te ve tan indefenso!

Samsón se tumbó a su lado y la abrazó. Le contó en un susurro los pormenores del accidente, lo que decía la letra de la canción y las sospechas que tenía.

—¡Ay, niño mío! —lo tranquilizó ella, hundiendo los dedos en sus cabellos pelirrojos—. Mira, no te ofendas, pero hay algo que hace tiempo quiero decirte... ¡Tienes que centrarte y dejarte de historias! A ver, ¿cuál es el asunto más importante que te traes entre manos ahora?

DOCTOR VATRUJIN

Nikolái Nikoláievich, oculista, aunque capaz de tratar las más variadas dolencias, que ya atendía al padre de Samsón y que le curó el cercenamiento de la oreja. Ante el requerimiento del Ejército Rojo de movilizarlo a Moscú para atender a los heridos de los diferentes frentes, Samsón lo esconderá en su casa, donde pasará consulta en secreto en el antiguo despacho de su padre (lo que a nuestro protagonista al principio le costará digerir) y descansará en el que fuera el dormitorio de su difunta hermana. Pronto su compañía, sus atenciones y conversación alegrarán el hogar.

Vatrujin, desde el pasillo, lo distrajo agitando un trapo de color lila:

—¿Puedo usar este? —preguntó.

—Supongo que sí —le respondió Samsón.

—¡Saque una tacita del aparador! —pidió el médico, y se acercó a Samsón llevando en la mano izquierda un cubo lleno de agua hasta la mitad—. ¡Écheme un poco de sal muera aquí —le dijo señalando el agua con la que se dis ponía a lavar el suelo—. ¡Así, cuando llegue su bella Nadiezhda, el pasillo, además de limpio, olerá muy bien! —anunció victorioso.

Samsón se quedó a solas enseguida, mientras le llegaba desde el pasillo el sonido rítmico del trapo mojado frotando el suelo y el alegre murmullo con el que el doctor se acompañaba al trabajar. El balde de cobre reluciente volvió a atraer su atención. Lo examinó por todos lados y reparó en un sello con el águila bicéfala. En el fondo había letras y números en relieve. Leyó: «Balde de medida. Capacidad: 10 tazas, 100 charki, 200 shkáliki».

Samsón meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

«Lo que no pone es cuántas manzanas le caben dentro», se dijo divertido.

Nadiezhda tardó aún una hora en llegar a casa y, cuando lo hizo, se puso a indagar de dónde salía aquel olor que lo inundaba todo. El doctor le señaló ufano el cubo con las manzanas. Los tres se sentaron a la mesa a tomar el té y comérselas. El sonido crujiente y húmedo que hacía la fruta entre los dientes y los recuerdos que eso le traía volvió a dibujar una sonrisa de placer en los labios de Samsón.

—¡Ahora los honorarios se pagan de muchas maneras distintas! —explicó Vatrújin, y sonrió satisfecho y hasta con una pizca de orgullo—. Esto me lo trajo un viejo paciente que vino a consulta antes de la comida. ¡Unas manzanas estupendas!, ¿no es cierto?

ABYAZOV

Chequista que viene a reforzar los efectivos de la comisaría de Lybid. «Un tipo delgado con la cara afilada como una navaja», es un defensor ciego de los principios bolcheviques, y que al contrario que Samsón, gusta de aplicar métodos implacables, cuando no brutales, para resolver cualquier investigación. De él emana una ola de autoridad y sarcasmo que intimida a Samsón, a quien desagrada tener que obedecer sus órdenes.

De tan delgado que era, quien veía a Nikanor Abyazov por detrás podía pensar que se trataba de un chaval de unos quince años. De baja estatura y ligeramente encorvado, todo el tiempo mostraba una excesiva lentitud, tanto al hablar como al moverse. Tal vez fuera que era en extremo cauteloso, aunque también podía ser el resultado de una conmoción cerebral que sufrió en la guerra.

Jolodny estaba encantado de cruzar media ciudad subido a una calesa. Sobre todo, si lo hacía con Samsón, por quien sentía un claro afecto.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó por Abyazov, sin apartar la vista de los edificios del bulevar Bíbikovski, junto a los que circulaba el carro golpeando los adoquines.

—Un tipo seco, permanentemente en guardia —le respondió Samsón.

TIEMPOS OSCUROS

Las dos novelas protagonizadas hasta la fecha por Samsón Kolechko se enmarcan en la Guerra Civil Rusa, que se prolongó entre 1917 y 1923, cuando la disolución del imperio ruso llevó al enfrentamiento entre el gobierno bolchevique que alcanzó el poder a raíz de la Revolución de Octubre, bajo el empuje del Ejército Rojo, y el Movimiento Blanco —bloque en el que se agrupaban los conservadores, liberales, monárquicos, socialistas revolucionarios y mencheviques—, respaldado por el antiguo ejército zarista. Kurkov refleja este momento de máxima inestabilidad y violencia, definido por los combates en el frente, las movilizaciones militares, los disturbios callejeros, las persecuciones políticas y las purgas ideológicas, poniendo el acento en sus efectos sobre los ciudadanos corrientes de Kiev.

Estos viven atemorizados por la omnipresencia del Ejército Rojo en las calles y los métodos sádicos de la policía secreta o checa, consistiendo su día a día en

carestía y racionamiento de productos de primera necesidad, arrestos masivos (muchas veces injustificados), delaciones de vecinos y conocidos, y la obligación de cumplir con la entrega de onerosas cuotas de ropa y muebles. A agravar la situación contribuye la sensación perenne de confusión y desconocimiento generalizados pues, tal y como resume Samsón a un preso, «en estos tiempos todo cambia de repente: disposiciones, decretos y prohibiciones son el pan de cada día. ¡Hay que leer el diario *El Bolchevique* cada mañana!». Aunque las condiciones de vida de los empleados públicos no son tan severas, la excepcionalidad y el temor alcanzan a todo el mundo, el mismo Samsón, por ejemplo, requiere de una autorización especial para circular a ciertas horas por determinadas calles.

La recreación minuciosa de este periodo histórico tan complejo y turbulento, cargada de detalles y matices, es uno de los puntos fuertes de la novela.

En algunas ventanas se veían los reflejos de las velas que ardían en el interior de los hogares. Un destacamento de soldados a caballo irrumpió de pronto en la vía. Venían a su encuentro y los cascos arrancaban chispas del suelo de adoquines. Samsón se apartó para dejarlos pasar y, después, los siguió con la vista. La tropa pasó como un torbellino pesado y exhausto, antes de desaparecer entre el ruido.

Samsón permaneció unos instantes allí, de pie, escuchando. ¡Algún combate esperaba a aquellos soldados si cabalgaban con aquellas prisas! Las cosas se estaban poniendo muy mal. Tan mal que no daba ganas ni de hablar de ello. Por eso Naiden y Jolodny callaban acerca de lo que estaba sucediendo a las afueras de Kiev. Lo que no podían era dejar de pensar en ello. También Samsón callaba. Callaba, pero meditaba. Las noticias de las victorias del Ejército Rojo ayudaban a relajar la tensión, aunque el número de esas victorias, de las que se daban breves noticias en el periódico *El Bolchevique*, servía más para dibujar un frente largo, casi infinito, que para prometer una victoria plena y final del poder soviético. La

guerra vagaba por los restos del Imperio ruso y, a veces, ni siquiera involucraba al Ejército Rojo, porque también se producían enfrentamientos entre fuerzas opuestas al poder soviético. ¡Tales combates sustentaban la idea de que había territorios por los que contendían otras fuerzas!

El sol resplandecía sobre la calle Zhi-liánskaia y algunos de los rostros de los transeúntes reflejaban la luz y parecían, por lo mismo, particularmente alegres. Sin embargo, bastaba que la persona saliera del espacio iluminado por el sol para que su semblante volviera a adquirir la misma expresión de preocupación del que está esperando algo. ¿Acaso había alguien aquella mañana que se sintiera de veras feliz de marchar al trabajo? Samsón pensaba que el lado oscuro de la vida en el Kiev de aquellos tiempos superaba con creces el poder festivo de los rayos del sol y obstaculizaba cualquier tentativa de llevar una existencia luminosa y alegre. Encima, el hecho de que aun los bendecidos por el sol miraran con cautela a los transeúntes con quienes se tropezaban manifestaba el estado real de su ánimo.

KIEV

La capital ucraniana es un personaje más de *El corazón negro*, descrita con la mirada tanto del consumado experto en su historia reciente como del enamorado de sus rincones y sus gentes. La ciudad cobra vida en sus páginas con una viveza y un color excepcionales, sus barrios, calles —a destacar las que acogen el bazar judío—, edificios, oficios y fauna humana desfilan sin descanso como en un diorama tan dinámico como puntilloso. Pese a la grisura y el miedo que atenazan el año 1920 en que se sitúa la acción, Kurkov, por medio de un individuo tan nostálgico y entregado a los recuerdos agradables como Samsón, amplía la paleta para hablarnos también de tiempos pretéritos más dichosos. Una radiografía llena de sabiduría y calidez de una urbe que cobra un especial significado y peso a la luz de su trágica situación actual.

El semblante de Samsón se iluminó de una manera particular. No fue por los rayos del sol, sino porque se había apartado de los inútiles registros. Distráido,

ahora iba mirando las casas y las cabañas que había a ambos lados de la carretera. Pronto, las cabañas se fueron replegando hacia el fondo de los callejones y las calles sin salida, y a lo largo de la calle fueron apareciendo casas de dos plantas hechas de madera o ladrillos. Las de madera daban un poco de pena, porque la humedad había ido coloreando de marrón y negro los tablones de sus fachadas. Las de ladrillo, en cambio, inspiraban sentimientos e ideas agradables, como si de ellas emanara el calor de las estufas.

Mirando esas casas, Samsón pensó que, si se pusiera en fila a todos los habitantes de la ciudad, sucedería algo semejante con ellos: se pondrían en orden, pero mezclados los sanos y los enfermos.

No eran tiempos de sosiego. No eran para dar paseítos tomados de la mano mientras sonaba el tictac en el reloj de la vida. Eran tiempos de zozobra, de peligro, de hambre. Tiempos en los que portar un arma resultaba mucho más importante que vestir un uniforme. Ahora mismo,

al tomar Kreschátik, vieron enseguida a dos parejas que caminaban cogidas de la mano hacia ellos. No eran obreros ni campesinos, sino gente del antiguo régimen. Se los veía andar inseguros, una inseguridad que se apreciaba lo mismo en sus ojos que en sus labios. Resultaba evidente que ninguno de ellos se sentía a gusto en el paseo. Más bien, parecía que estuvieran superando una dura prueba. Samsón, en cambio, sí estaba gozando de lo lindo. También podía ser que aquellas parejas no estuvieran simplemente paseando, sino que estuviesen haciendo recados o, acaso, salvando el trayecto de sus casas a la de algunos amigos o viceversa. La calle Kreschátik, tan generosamente adornada de rótulos y motivos festivos, atraía a la gente sobre todo los domingos y algo me nos los sábados. Entre semana, los kievitas la evitaban y, si no necesitaban tomar precisamente Kreschátik, se iban de Pechersk a Pankívschina, elegían Púshkinskaia o, incluso, Levashóvskaia, que solía ser aún más tranquila. Ni siquiera cuando uno iba sobre ruedas era una buena idea tomar Kreschátik entre semana. Por mucho que ahora hubiera muchos menos vehículos que antes de la guerra o la revolución, seguía habiendo carros tirados por caballos en los que los campesinos traían a la ciudad toda suerte de mercancías y de leña, y en cualquier momento frenaban sus caballos para preguntarse por dónde girar, o qué dirección de entrega les habían dado. O veían un tranvía, el primero con el que se tropezaban en la vida, y paraban el carro ahí mismo a decidir si lo bordeaban por delante o por detrás. Los impacientes co-

cheros de la ciudad se arrojaban a propósito sobre tales carros para asustar tanto a los caballos como a los campesinos que los llevaban. Y después insultaban a los segundos con las palabras más soeces, para de mostrar así lo mismo su superioridad en la conducción de vehículos que en el dominio de los tacos.

Samsón, en cambio, decidió saltarse la comida. Lo que hizo fue ir a dar un paseo por el bazar judío para animarse un poco y refrescar la mente. Tras comprobar que el contenido de sus bolsillos quedaba en unas profundidades inalcanzables para los carteristas, se adentró en el bullicio que comenzaba a partir de los baños de la plaza. La primera aglomeración era una maraña de codazos: la gente se apiñaba en torno a cualquier vendedor ambulante que consiguiera exhibir su mercancía en la forma más ventajosa. Enseguida los viandantes lo rodeaban con sus cuerpos y su atención. Era tanta la gente que no había manera de distinguir entre vendedores, compradores y ladrones. Los tumultos lo mismo se congregaban que se dispersaban o se fundían unos con otros, de manera que atravesarlos resultaba poco menos que imposible. Superado ese punto, el bazar adquiría unas formas geométricas más discernibles. Ahora los vendedores formaban filas, como las casas de una calle, mientras que compradores y ladrones se movían por esas calles «vivas» deteniéndose de tanto en tanto. In capaces de rodear a los vendedores, a veces le sugerían apartarse un poco. Los vendedores experimentados se negaban, no obstante, y mantenían «la calle».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Por qué creéis que el autor se decantó por un título como *El corazón negro*?
2. ¿Qué diríais que llevó a Andréi Kurkov a introducir el debate sobre la figura de Judas en el capítulo de apertura?
3. ¿Qué rasgos del carácter de Samsón contribuyen particularmente a su singularidad?
4. ¿Con qué policías o detectives de perfil melancólico emparentaríais a Samsón?
5. ¿Qué diríais que simboliza la oreja cercenada del protagonista?
6. ¿Cómo definiríais la relación profesional que mantiene Samsón tanto con el jefe Naiden como con su compañero Jolodny?
7. Analizad el papel de Nadiezdha como elemento corrector de toda la oscuridad que rodea al personaje.
8. ¿Cómo diríais que contribuye el doctor Vatrugin a retratar emocionalmente a Samsón?
9. ¿Cómo definiríais el humor que atraviesa la novela?

10. Reflexionad acerca de la importancia que tiene la aparición recurrente de ciertos elementos como el maniquí, la caja con la oreja, el hueso de plata, los caramelos, la leña y el té en la novela. ¿Qué consigue el escritor al convocarlos una y otra vez?
11. ¿Cómo consigue Kurkov sumergir al lector con tanta fuerza en 1920?
12. ¿Qué impresiones os lleváis del Kiev de 1920? ¿Cuáles pensáis que fueron las ideas principales que deseaba comunicar el autor a través de la fauna humana y los escenarios que desfilan por la ciudad?
13. ¿Qué función creéis que el autor deseaba que tuvieran las viñetas que encabezan cada capítulo?
14. ¿Cómo interpretáis la desaparición de los soldados en los baños al final de la novela?
15. ¿A qué achacáis las lágrimas de Samsón que cierran la novela?

EL AUTOR



ANDRÉI KURKOV (San Petersburgo, 1961) es autor de diecinueve novelas, entre las que destacan el éxito de ventas *Muerte con pingüino*, *El jardinero de Ochákov* (galardonada con el Prix des Lecteurs) y *Abejas grises* (Alfaguara, 2022, ganadora del Premio Médicis). Su obra ha sido traducida a cuarenta y dos idiomas y ha recibido el Premio Gógol, el Premio del Escritor del Año concedido por los librereros con motivo de la Feria del Libro de Ucrania, el

Premio Hombre del Año en Ucrania y el Premio Halldór Laxness, y ha sido nombrado Caballero de la Legión de Honor en Francia. La revista *Lire* lo considera uno de los cincuenta mejores escritores del mundo. *Samsón y Nadiezhda* (Alfaguara, 2023) fue la primera entrega de una nueva serie policiaca ambientada en 1919 en Kiev. *El corazón negro* es el segundo misterio de la serie, ambientado el frío invierno postrevolucionario.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«Siempre me ha interesado el periodo alrededor del final de la Primera Guerra Mundial. Una de mis primeras novelas jamás publicadas abarcaba hechos de este periodo y *Samsón y Nadiezhda* se ambientaba en 1919, durante los cuatro años de guerra en que Ucrania se declaró independiente tras el colapso del imperio ruso para volver a perder esta condición. En este tiempo el poder cambió catorce veces de manos, fue una etapa de una inestabilidad increíble. Algunas personas permanecieron en Kiev durante todo el caos, procurando adaptarse a los cambios, mientras que otras se retiraron con las facciones perdedoras, y luego hubo obviamente muchos que murieron. Fueron tiempos muy duros y peligrosos, pero no exentos de un componente fascinante. Y en ellos nos encontramos de nuevo, pendientes de si Ucrania se transforma en una república rusa o soviética, o en alguna otra cosa. Lo que está claro es que Rusia quiere someterla».

«La génesis de la trilogía iniciada con *Samsón y Nadiezhda* y que prosigue con *El corazón negro* tuvo su origen en la abundante cantidad de documentos de la policía secreta de los bolcheviques, durante los años que siguieron a la Gran Guerra, que me entregó un lector en un lápiz de memoria. Los papeles pertenecían a su difunto padre, que fue un oficial de la KGB durante el periodo soviético y que más tarde trabajó para el servicio secreto de Ucrania. Contenía documentos manuscritos en los que gente acusada de diversos delitos explicaba los motivos por los que no eran culpables de los mismos. Con frecuencia se los acusaba de cosas que no eran constitutivas de delito en tiempos normales o en ningún país normal. Por ejemplo, a los ciudadanos se les permitía poseer ganado, pero carecían del derecho de vender carne o cuero (base del argumento de *El corazón negro*). El castigo por comerciar a título privado era de un mínimo de tres años de prisión. Me encontré impuestos de lo más extraños, como los que se aplicaban sobre muebles o ropa interior. Estos documentos mostraban también numerosos detalles peculiares sobre la vida diaria en Kiev durante la guerra, y ha sido la textura de estos lo que he pretendido capturar en estas novelas».

«La ficción criminal y la figura del detective tal y como la encarna Samsón, alguien que va en busca de justicia y orden en medio de la devastación de la guerra, me otorgó una manera de explorar e iluminar una sociedad bajo unas condiciones de estrés extremo».

(Declaraciones extraídas del diario *The Guardian*)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Hablando de clásicos, el ucraniano Andréi Kurkov está camino de convertirse en uno. [...]. Atentos al protagonista, un tal Samsón Kolechko, que va a pasar a los altares de muchos lectores».
Juan Carlos Galindo, *Babelia*

«Un Bulgákov contemporáneo. Un Murakami ucraniano».
The Guardian

«Uno de los más grandes escritores ucranianos vivos».
El Mundo

«En la tradición de Gógol».
Financial Times

«Hablando de clásicos, Kurkov está camino de convertirse en uno».
Babelia

«Exquisito».
Le Monde

«Un regalo para los fanáticos de la novela negra».
The New York Times

